LOS AGUJEROS I

1

233701



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cents.

1

233701

47/1505193

Los agujeros de Trini

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—No se levante tan tempranito, amigo, que no precisa.

—Es que sí... ¡Que quiero ver si mi mujer!...

—¡Bah! Ya salió la catàstrofe.. ¡La mujer!...

—Bueno; no te enojes, Trini.

—Si no me enojo *¡manojo!*

—¡Manojo de qué, de acelgas! Ya lo sé... Soy astringente.

—¡Y rimbombante! que «astringente» no sé que será...

—Ni te hace falta; eres muy ebúrnea y...

—Tampoco sé con qué se come eso.

—Yo sí que te comía a tí... Pero ¡con los dedos!

—¡Gorrino!

—No confundas; Garrino... Así es... Y no equivoques este mi patronímico con un cerdo.

R. 322115

—Es que yo conocí a un Rubén de La *Cerda* que era vizconde nada menos.

—Bien; la Cerda lo sería su mujer en todo caso.

—Era soltero; ¡pobre hombre! Lo bien que me quería... El sí que tapaba ¡todos! todos mis agujeros.

—¿Todos? Lo dificulto... ¿Qué edad tenía?

—Sesenta y siete primaveras.

—¡Vaya un primavera! Entonces no podía tapártelos todos.

—Y tú que sabes, cara de merluza.

—¡Bah!... No te preocupes con ese vizconde. Volvamos la hoja; esto es, volvamos a empezar.

—¿El qué?

—La biografía esa.

—¡Ah! sí... Mis huecos... Mis agujeritos... Pero antes... ¡oye! ¡Canutito!

—¿Qué pasa? ¿Te falta algo? Algún hueco que llenar... ¡Algún vacío! Claro, con esas morbideces...

—¡Ah! morbideces... Eso sí que sé lo que es... Mis muslos, mis nalgas, mis pechos.

—Casi casi... ¡Cuidado que eres desahogada! ¡Anda, explícate! ¡Sigue con el cuento!

—No; primero cuéntame tú uno, que los

cuentas de rechupete y me relamo de gusto.

—Pero ponte bien... Vamos ponte en situación.

—Vamos sí... ¿Boca abajo has dicho?

—Eso es; boca abajo y yo... boca arriba; así explico mejor...

—¡Vaya! No me tengas así, follón... que me derrito de gusto solo al ir a escucharte.

—Esta pierna más separada. ¡Ahorita! ¡A já, já! Encima de ese almohadón... ¡Qué ligas tan perversas!

—Y qué muslos ¿no?... Con ellos y con mis agugeritos nada ni a nadie le envidio!...

—¡Ya tengo uno!

—¡Oh! ¡jó, jó! ¡Cosquillitas también!... ¿Pero, y tu cuento?

—¡Es que antes es el tuyo y lo tienes superior!

—¡Alabancioso! ¡Canuto!

—¡También lo tengo yo superior, no creas!... Mírame en este espejo triple; ahí se ven tres!... ¡oh!

—Apriétame más aho... o... ra!... ¡Ah! qué castizo eres!...

—Y tú ¡qué retumbante, ma... la... pe... e... e... cora!...

—Pues la cueva de mi cuento era una cueva muy negra...

—¡Como una que yo tengo!

—Casi, casi... ¡Muy húmeda!

—¡Claro! Ya me lo figuro. Estaría cerquita del mar.

—No; cerca de mi valle. Este valle cubierto de rica vegetación. Y se llamaba valle de Citerea, en recuerdo del país de los placeres...

—¡Aaaay! ¡qué placer, sigue!

—No te menees tanto que me vas a hacer salir de mis casillas.

La posturita adoptada no podía ser más escultórica y más atrayente.

Trini, boca abajo en el diván; sus rígidas y regias piernas bastante separadas... su hucha, aquella preciosa hucha forrada de peluche negro, que ella no abandonaba jamás, a disposición del magnánimo Canuto.

Los brazos de ella, ebúrneos, con lindos hoyuelos en los codos; emergiendo de la delicada camisa muselina con lacitos rosa pálido rodeaban por detrás el cuello del venturoso narrador.

—¿Cuentas bien así?

—¡Ya... ya... lo creo! Más que Sereheza-da al sultán de las mil y una noches. No te menees.

—¡Tú, sí; menéate, rico!

—¡Pero yo!

Garrino sudaba... pero sudaba ambrosía,

de ese licor distinguido y célebre que solo escanciábanles a los dioses en el Olimpo. Ante aquella plétora de carnes mórbidas, ante aquellos gelatinosos globos, con sus rosados botoncillos que seguían tan erectos como al principio del cuento aquel de la gruta...

—¿Y a la gruta llegaba el que quería?

—¡No! !Digo sí... í... í!... ¡Oh!

—¿Qué te pasa, pre-pre-cio... oso?

—No me llames «oso», que yo ¡La osa!

—Pero qué es ¡charlamelo!

—¡Que acabo de llegar a la gruta!... chiquilla, y por ahora este cuento se ha acabado!...

II

Canutillo Garrino estaba casado. Pero su mujer legítima era de las de armas tomar, o de las de pelo en pecho.

Susana, al igual que la de la conocida opereta, era una garrida moza con todos los encantos propios de una hembra de mucha historia. Alta, de busto desafiador, con pechos tensos y de carnes saturadas, muy finas y muy cuidadas; como que se lavaba con agua y leche de burras, un día

sí y otro no. Sus muslos, sus dos muslos perversos y afrodisiacos tenían tantos admiradores como lo que entre ellos guardaba que era un estuche de monerías, un monedero muy cuco, semejante al de Trini, únicamente que Susana le ostentaba a quien quería verle, forrado de peluche oro viejo y con ¡dos agujeros, igual, igualito, que los de Trini!

Donde decimos agujeros, pongamos aberturas; una para la plata y otra para la calderilla... aunque este último maldito si lo usaba apenas.

Había de ser algún capricho; algo que le ocurriera, de muy rara intención, comprar con ese metal.

Pero Susana amaba al sexo contrario con locura, sin distinguir de edades ni de categorías, Bastábale que fueran tipos membrudos, de recia contextura.

Y como entonces era moda el que las damas de la alta aristocracia concedieran algunos favores delanteros a sus chofers, (gente casi toda la del gremio bullanguera y muy pagados de sí mismo) ¡claro! como siempre que Matías Garrido tomaba la delantera del 20 H. P. que guiaba, pensaba en la delantera de su sabrosísima ama que debía ser de «mírame y no me toques» —al menos para él;—a veces se le torcía el volante de guiar... pero luego él le enderezaba incontinenti y aquí no ha pasado nada.

No obstante había notado ciertas insinuantes ojeadas a cierto paraje comprometedor de su persona, ojeadas lúbricas, inconfundibles de doña Susana, a la que parecía faltarla algo.

Cierta tarde lluviosa y fría por demás, quiso Susana aburrida y con esa nostalgia de placeres a que las sensualistas de profesión hállanse tan propensas, ordenó a Matías preparara el auto gris... ¡eso! el color gris del carruaje, el más adecuado al día, que resultaba de los más grises, y al «día de humedad» que ella sentía como tantas otras hembras, sin saber a qué fenómeno atribuirlo.

A la media, los dos solitos, ella en el interior del coche cubierto y Matías en la delantera, ya iban tragando kilómetros camino de Casa-Antúnez (no olvideis que estamos hoy en la ciudad Condal.)

—Y es esbelto el muchacho—iba pensando la desocupada cuanto sabrosísima Susana.

—Y es divina mi ama—pensaba por contra el pillastre del servidor, moderando de pronto la marcha.

—Vaya unos miembros tan desarrollados se le adivinan—seguía preopinando la

sensual dama. Si sus manos empuñan y mueven con tal destreza el volante, ¡con cuánta destreza debe manejar las cosas femeninas el sugeto! ¡Ay!

—Con el día que está haciendo... lo solitario del paraje y un cara bonita por delante, ¡que caray! Matías, eres un memo si no intentas la aventurilla. ¡Ea! Vamos allá; el pretexto de siempre... La falta de esencia...

Matías fué relentando, relentando la marcha, cuando ya se encontraban en las cercanías de casa el «Anguilero», junto al Llobregat.

De pronto sintió el ¡muec, muec! de la pequeña tornavoz interior. ¿Qué le pasaría a doña Susana?

—¿Qué sucede, Matías? llamó sin sobresalto ella.

Matías paró del todo el carruaje.

—La esencia que creo me habré olvidado de traer el bidón.

Al nombrar «bidón», dióle un vuelco el corazón a la bella Susana.

—Con que el bidón ¿eh? Vaya, ¡eres hombre a quien se le olvidan los bidones! ¡Muy bonito!

—¡Señora!

—Abróchame este brodequín y calla.

En efecto; el lindo zapatito de la de

Garrino estaba desabrochado.

Matías con un desenfado muy a lo chófer puso sus pecadoras manos en el divino tobillo, que bajo media calada de seda negra, convidaba al mordisco.

—Levanta más las faldas si no puedes. ¡Ay, Matías! una liga ahora!

—Y aunque fueran dos, señora... Yo la abrocho todo lo que la señora quiera!

—¡Desvengorzado!

—Eso no; modesto y callado admirador de lo plástico y de lo divino!

—¡Diablo! Tus manos operan con cierta delicadeza.

—¡Claro! Como que allá en París fuí peluquero... *pour dames.*

—¡Ay! Me has llegado al agujero... ¡Jí, jí, jí! ¿Ves? Descuidos de Matilde la camarera. ¡Un agujero en la media! ¡Quién lo había de sospechar!

—¡Y quién lo había de encontrar mejor que yo, señora!

III.

Trini había bregado siempre con agujeros huecos y aberturas; mayores, medianos o más chicos; su sino era aquel, los

agujeros.

En sus mocedades; ojales... ¡vamos! ojalera: el oficio de su madre... ojales para uniformes militares para un proveedor de la calle de Escudillers. Y ¡qué bien los hacía! y con cuanta rapidez sus deditos despachaban las pequeñas ranuras.

Eran las que mejor encajaban en las guerreras y en los pantalones de infantería y demás armas del ejercito.

Una vez en un baile de criadas y modistillas, *El Globo*, en el Paseo de San Juan, junto al Palacio de Justicia, Trini y un arrogante cabo de ingenieros; un cabo de los de cuota! esto es: de los que nunca escasean la *pasta* ¡con las chicas que lo valen! Trini, digo, y Arniches, el cabo del 7 de Ingenieros, comprobaban los vaivenes de un chotis madrileño cuya letra decia así:

«Va al cine de La Flor
el pollo Nicanor...

Y luego en el estribillo repetían aquello de

«¡ay, magrea, magrea, Nicanor!»

Y bien que magreaba Arniches y la veía los agujeritos de las orejas a Trini... Y los ojalitos de su corpiño que ella iba dejandose desabrochar; y luego los de la falda (coincidiendo en un paraje bastante oscuro

en una especie de glorieta rústica).

—¡Vaya unos agujeritos prenda!...

—¡Ay! para prendas las que yo he confeccionado en esta pícara vida...

—Y estas redondeces ¿no son prendas de amor?.

—¡Oh! Baje más la mano ¡ahora!... ¡Ah! que dedos tan díscolos y tan...

—¡Los que tu te mereces, Trini!... Y ¿a que ha venido...?

—¡Como! ha venido ya... el final del chotis!...

—¡Magrea, Nicanor!...

—Pues ¡magrea cabito mio!... ¡Ah! que bien me encuentras los ojales y los agujeritos...

—Natural: como que me llamo Arniches el zarzuelero mas cuco que hay en la villa y corte y yo tambien me traigo lo mio respecto a sainetes y chistes... A ver: a que no sabes tu rica, donde tienen el mejor huequecito las chicas.

—Aquí—señaló, decidida ella, acompañando los dedos del travieso cabo a sus partes bajas, donde tenía la apertura de la falda.

—No; la otra... Pues... a ver a ver... ¡Ah! Ya la tengo. ¡Ese es el huequecito del amor!...

—¡Ay!... ¡que me mareas!... Tapame el

hueco, Arniches... Tapame el hueco que no puedo más.

—Aquí no va a ser... digo yo; y con los ojos que me está poniendo el del clarinete de la banda ¿es primo tuyo el del clarinete?...

—No, pero afina mucho con su instrumento. Me gusta como toca el nene... Y fijate, Arniches; no aparta la mirada de nosotros.

—Es que si lo miras bien estamos tan apelmazados como ojal y botón, o dos hojas de un mismo libro.

—No me hables de libros... que me prestó ayer uno de la Colección *Placer*, esa mocosuela que tengo de doncella, que ya ya...

—Y ¿cual es el titulo?...

—Los *Labios de Isabel*.

—¡Ah! Si, le conozco... Valientes aventuras las de la «estanquerilla» esa... ¡Anda salero!... Y la de los «*Agujeros* de la Trini» ¡ese vodevil que allí se menciona!

—¡Trini ella, Trini yo!... ¡Cuál apeteces mejor, cabito mio!...

—Ni soñada hay otra Trini, con más pecaminosos bajorelieves, y más tentadores rinconcitos ni agujeritos, que tú, bayadera!.

—¡Vaya cardo!...



—Baya-dera ¡o vaya cardo!... En fin; ¡vaya! que nos vamos ahora mismo a casa Verdura.

—¿Y donde está eso?

—Ya lo verás... Tu, achanta: que pronto llegaremos.

(Veinte minutos después llegaron a un *hotel meublé* (como ahora se dice) la *mar* de confortable.

Esperábales una habitación ¡con una cama! ¡Con unos colchones y un sommier! La última palabra en cuestión de devaneos amatorios.

—¡Desnudate! princesa de los ojales.

—No: tú antes, ¡rey de los botones!.

—Es que puede que estos ojales y estos botones de tu guerrera me recuerden..

¡Tras! ¡tras!¡ ratatras!... Una docena mal contada de besos en el cuello, lengüetazos en los lindos huecos de las orejitas, en las piernas: cubiertas de medias canela, de las más caladas y tentadoras a la vez.

Las columnas carnosas se separaban, los ojos de Trini a medio cerrar columbraban — ya tendida en el amplio, rico lecho del placer—tesoros ocultos de espasmódicas sensaciones en aquel cabo tan bien conformado, como dicharachero y buen bailador de *chotis*.

—¿Lo ves, negrucha?

—¡Del todo!... ¡Mirame bien! ¿Te gusta esto? ¿Y esto? ¿Y lo del reverso?...

—Me dislocan tus cosas todas ¡adorada!.. ¡Toma!... Todos mis homenajes... y documentos.

—¡Oh¡—¡Que homenaje!...

—Elevado y digno de una reina que eres tú ¿verdad?

IV.

—Hoy estreno dos agujeritos nuevos.

—¿Nuevos completamente? No será tanto.

—Ya lo vereis, perversos. Y bien que os tiran a los militares todo lo que parezcan troneras de castillo.

—¡Claro! Con lo troneras qre somos nosotros.

Pues a las dos en punto. Ya sabeis; a la salida del «Excelsior».

—Si: justo. A la salida, tú nos vas a dar la entrada ¿no es así?

Aquella conversación en que mediaban la esbelta Trini, y su nuevo amante Arniches; el apuesto cabo, que ya estaba al cabo... de la calle de los altibajos, los huecos y las aberturas de la donosa ex-ojalera, y

Garrino, el marido de Susana.

No faltó ninguno de los citados: iten más dos cabos y un soldado del propio regimiento número 7 de Ingenieros en que servía Arniches. La curiosidad picaba ya en lo descomunal, en lo hiperbólico.

—¿De que agujeros se trataría?—preguntabase Arniches.

—Los propios de ella, esos que son nidos de sensaciones y conjunto de espasmos no serán—digo yo, argüia el cabo Regadera.

—Alguna otra amiguita, quizá «compañera de cama» de la interfecta—aseguraba otro cabo.

—En fin, allá ellas. Del todo no nos van a tomar el pelo; puesto que en ultimo resultado se lo tomamos a ella y en paz.

Tales comentarios sirvieron de sabroso prólogo, a la salida del «Excelsior» mientras dirigianse nuestros soldaditos de chocolate, o de café con leche (como las pastillas) al domicilio de Trini, en la calle de Aribau.

La juerga en casa de nuestra amiga estaba en todo su apogeo. Canuto Garrino y Paca la «Luciérnaga» ya se hallaban de palique ultra amoroso.

Los dedos charlaban más y mejor que las lenguas.

La Trini y Don Dalmacio, un senador por derecho propio, trataba de comprobar lo de *derecho propio*, bastante difícil de sostener, a pesar de sus agallas para el sesenton calavera.

—¡Derecho, más derecho!

—¡Qué! ¡Más todavia! No puedo más.

—Sí: hombre, sí—No ves los buqués en en sus jarrillos si no están muy derechos... no resultan.

—¡Claro!... Y como tu eres tan sobona y tan recalcitrante!

—Y tu tan... Ves tontin ¡Al fin he tenido que ser yo con mi propia ciencia la que... Ahora está conforme eso: completamente... ¡Así me gusta a mi!

—¡Y a mi!

Ella maniobraba y acariciaba encima las rodillas de Dalmacio: este hallabase en sus glorias y caíasele la baba.

—¡Que se te cae la baba!

—Mejor: prueba de que mi gozo «no en un pozo» sino en tu cisterna de Venus.

—¡Ole, los terminajos!... ¡Eres popular, Dalmacito!

—Más lo eres tú con esos gluteos tan por derecho propio: ni más ni menos que una senadora por carne propia.

—Llamaron.

—Ahí está mi regimiento. El siete!

—Diablo. Buen punto. El siete «rápido» como dicen en las timbas.

—¡Trini! Queridita!

—Dislocante Trini! Bendítas sean las muselinas de tu camisa... Eso si que me place: ese negligé con que nos reciben demuestran.

—Mi amigo Dalmacio, sena...

—Como sena...

Habiale puesto don Dalmacio una mano en la boça a Trini, para que no divulgara su personalidad.

—Ha querido decir que nací junto al *Sena*; en Issi les Vitraux, aunque me crié en España. (Y pellizcaba en un muslo a la comprometedora).

—Bah! Eso es de poca monta, el nacimiento no tiene importancia.

—El «bautizo» tiene más...—agregó el cabo Tormenta, riéndose.

—Vaya! Vaya!... No perdamos el tiempo: que ya sabemos como le gustan los bautizos a esa. Con leche merengada, por lo menos.

—Tu lo has dicho. Me muero por los helados y los sorbetes.

—Yo me muero por las cálidas y volcánicas como tú. Pero y ¿esos agujeritos nuevos?

—No impacientarse. Apurad antes es-

tos chatitos de manzanilla: es auténtica de Sanlúcar.

Apuraron los chatitos; y luego otros apuros vinieron al hacerse la obscuridad gracias a la maligna mano del cabo Arniches que le dió al conmutador electrico.

Apuros de Dalmacio no sabiendo donde ponia los dedos y los labios: si en la encrucijada de Trini o en el bosque de la Luciérnaga.

Apuros de los cabos Retamera y Tormenta que no conociendo a las prójimas que allí estaban más retumbantes y esculturales vecinas Julia y Mary, simples «trota aceras de Cupido», no hacían otra cosa que entrar y salir los dedos de los múltiples escondrijos que atesoraban las bellas.

—¡Ay cabo... que ya estás al cabo!

—¡Si... pues con este muslo a... cabo! ¡Deja!

—¡Más al centro!... ¡Sube la mano!...

—¡Ay!... Noto que se sube todo, hija, como las subsistencias.

Trini había dado al fin con los botones de la guerrera de Arniches, su cabito adorado.

V

Cuando la criadita de Trini, que solía asomar las narices entre lo mejor de los «cuadros vivos», dio vuelta al conmutador, obedeciendo a su ama. ¡Cielos! Esta se hallaba agarrada a los botones de la guerrera de Arniches.

—¡Los he conocido!... Son cosidos por estas manos pecadoras... Y los ojales también.

—¡También!... Buen tacto y buena memoria, querida. Tú has trabajado para casa de Medina.

—Eso es: Medina, el año pasado. Antes de que ese bello sujeto que está presente y que deseo sean sus amigos: mi «confabulado» don Canuto Garrino.

—Servidor... ¡Pero tales tirones me daba esa de mis botones que casi se me caen dos!

Una sonora carcajada acogió les palabras de Arniches. Luego éste y sus compañeros de compañía reclamaban a coro:

—¡Los agujeros! ¡Los agujeros!

—Vamos allá—dijo al fin Trini, llena de contento ante la sorpresa que aguardaba a los invitados.

Pasaron a la habitación contigua. Al penetrar Trini ya en ella un bulto como de

mujer y mujer aristócrata, que esparcía enervante olor de perfumes afrodisíacos, precipitóse a ocultarse tras un ancho cortinaje de seda,

—¿Veis nenes?.., Uno y dos. Ahí están mis dos agujeros; el estreno de esta noche ¡qué tal! ¿Os he defraudado?

Tratábase de dos aberturitos, como del tamaño de una peseta, practicadas en el vacío de la pared medianera que daba a la habitación que poco antes ocuparan todos.

—Pero bien... ¿Qué es lo que se ve por esa abertura?

—Se ve todo lo que acontece en la habición de al lado ¿le parece poco?

—Ja!... ja!.,. ja! —reía gozoso don Dalmacio.—Es una soberbia *trouvaille*, como dicen los franchutes. ¡Te felicito, Trini!

Pero y ¿cuándo lo inauguramos?—demandó Arniches con impaciencia visible.

—Ya se va inaugurando poquito a poco.

—¡Y es cosa de refocilarse!... Poquito a poco...

—¿No te imaginas voluptuosidades diabólicas?

—Dantescas, si lo prefieres...

—¿Recuerdas algo parecido a eso?

—Ya lo creo!

—Y donde, dí Arniches mio.

—En Paris y en Milan.

—En Paris y en Milan?... Sopla!

—No soplo, sino que narro. Oye. En Paris en una casa preciosa de la calle Nautenil, tenida por una tal Mádame *Deuxpoils*.

—Y que significa eso.

—Mira: literalmente: *dos pelos*... Pero se sobre entiende, *dos pelucas*.

—Si ya! La de arriba y la de abajo.

—Bien. Mad. Deuxpoils melosa y hasta empalagosa como ninguna, te permite permanecer en su despampanante observatorio.

—Vaya un observatorio. Las lunas y los soles que se contemplarian.

—Calcúlate, con los huecos de Madame Deuxpoils.

—Bien: no divagues, que me tienes frita

—Pues imaginate, si puedes!

—Ya; los cuadros vivitos, serían de lo más libertino.

—Y de lo más imprevisto. A veces descendian del techo en forma de ninfas olimpicas dos robustas planchadoras, o empleadas de bazar...

—Pero ¿del techo?

—Claro! El techo pintado de decoración de cielo... con sus nubes y sus diafanidades luminosas.

—Mal rayo.

—No! Rayos no los había. Todos los espectáculos eran a cielo sereno.

—Que llamo al sereno, si sigues tomandome el pelo.

—Nada que te lo tomo de veras!

—¡Ay! que me haces daño!... Pero sigue sigue.

—Tú si que puedes llamarte más que Deux-poils, madama *Riche mote*.

—No se que es, pero...

—Eso que tengo entre los dedos nena!

—Pués resulta que la *Dos-pelitos* tenía ninfas y nubes.

—Y los parroquianos pagaban uno y dos y más luises, por ver aquello que resultaba verdaderamente escalofriante a fuerza de erótico. Cuadros plásticos de uno y una tomando medidas *en el interior*, sin ser ingenieros: de una y uno armando una revolución puramente carnosa con levantamientos y pronunciamientos venusinos que ni los de la *Comunne* de Paris.

—¡Ay! sigue... y sigue con tu mano.

—De modo que mi mano hábil y mi lengua satírica y queredesca te dan gusto por igual.

—No pares... ¡Oh este observatorio es ideal...

—Dos agujeritos nada más pero ¡ay Trini! Trinita. Qué agujeros.

--De aquí al cielo...

--Y dices que pronto van a ser inaugurados?

Ahora la inesperada sorpresa; la más inesperada de todas. Una voz femenina, audaz, timbrada, firme repuso:

—¡Ya está inaugurado!... Todos una cuadrilla de gorrinos e indecentes.

—¡Pardiez! ¡Vaya una tía!

—Quién será: lleva la cara oculta bajo un espeso velo.

—¡La dama gris!

—Eso: la dama gris... marido procaz y cínico... ¡ci... ci... ci...!

A todo esto acababa de deletrear aquella palabra no pudiendo por menos ante las acometidas que a su estación central daba un apuesto mancebo... el cual no era otro que Matías Garrido, el aprovechado *chófer*.

Ya se habrá comprendido que la que *estrenó* los dos agujeritos de Trini no era ni más ni menos que la citada Susana, la esposa de don Canuto.

FIN

...OTECA
...ADRID
NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Dulzuras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo. Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!—El bosquecillo de Venus. El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas. La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos inmovilizados.—Los agujeros de Trini.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡ VIVA LA GRESCA !!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito. —Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires